

14. LA FUERZA: ¿DE QUIEN?

Desde dentro, el glotón, devolvió la comida; del fuerte, salió dulzura.

,Libro de los Jueces 14:14

Como el Mago, debe poseer poderes mágicos ya que, como el, representa una figura interior y activa del inconsciente del héroe (bastante más accesible a la consciencia que ningún dios o diosa). Debemos contemplar a esa mujer como el anima, un personaje arquetípico que simboliza el subconsciente del héroe, su parte femenina. En la carta número uno, el Mago inició nuestra serie del Tarot. Aquí y ahora, en la carta diez más uno, nos encontramos dispuestos para una nueva magia, para un nuevo comienzo, en que esta maga desempeñará el papel de iniciadora. Será ella la que actúe como mediadora entre el ego del héroe y los más primitivos poderes de su psique.

Como influencia mediadora cultural, la Fuerza aparece caracterizada idealmente. Sus vestidos sugieren refinamiento y educación. Aunque lleva un sombrero igual al del Mago, no vemos que sostenga una varita mágica. Su poder reside en sus manos, las cuales sostienen sin miedo alguno las fauces del león, indicando que su magia es más humana, personal y directa que la de su oponente masculino. Su poder no reside en una vara que se toma para manejar a voluntad (o quizá a pesar de ella). Su misterioso poder reside en su propio ser como parte permanente e íntima.

Su número once, escrito en cifras romanas, parece una X más una I, recordándonos el monograma que atribuyeron los griegos a Cristo, del que ya hablamos en la carta anterior, la Rueda. Aquí la X precede a la I. Evidentemente, la nueva magia representada en la carta onceava tiene tras de sí la fuerza de las primeras diez cartas. Quizá, como sucedió con sir Galahad, la fuerza de esa dama es como la fuerza de diez debido a la pureza de su corazón. Con su ayuda, el héroe se dará cuenta de las fuerzas instintivas que lleva dentro. Aprenderá a sacrificar los poderes del ego a otro tipo de fuerza. Su conducta masculina se modificará mediante un acercamiento hacia lo femenino. Esa nueva manera de funcionar, lejos de resultar afeminada, es muy poderosa. El coraje y la fuerza de la mujer, aquí representada por la Fuerza, resulta evidente. Ese ánima sin miedo alguno, existe en un lugar muy profundo de la psique relativamente desconocida todavía para el joven héroe. No está bajo el control del ego consciente, por lo tanto solamente aparece libremente en sus sueños y visiones. Ella es la que le pondrá en contacto con la oscuridad de su bosque interior y con las salvajes criaturas que allá encontrará. Ella le ayudará a domesticar su naturaleza animal de modo que ya no se encuentre totalmente bajo su dominio.

En el Loco vimos un caminante feliz que iba con su perro. El animal golpeaba las piernas de su dueño como si quisiera decirle algo. Quizá el héroe del Tarot no prestó suficiente atención a su propio y amistoso aspecto instintivo, pues en la Fuerza la naturaleza animal se nos representa ahora como un enorme león, una bestia demasiado salvaje para que el héroe la haga frente directamente y a la vez demasiado peligrosa para que la ignore.

Por suerte, la maga es capaz de enfrentarse al león dedicándole las atenciones que necesita. Hablando simbólicamente, eso podría significar que la naturaleza humana del héroe es capaz de hacer frente a su naturaleza animal. Esa consciencia del ego no puede tratar directamente con las desconocidas fuerzas del inconsciente. Una relación entre esos dos aspectos de la psique sólo puede llevarse a cabo a través de la mediación del anima.

El papel de lo femenino como influencia mediadora entre la consciencia humana y la psique primitiva tiene lugar, o se celebra, en innumerables cuentos de hadas y leyendas tales como «La Bella y La Bestia», «El Príncipe Rana», «Eros y Psique» y «Una y el León». En todas estas historias, a través de la aceptación de la mujer, de su naturaleza salvaje, el animal no solamente es domado sino que es transformado. En «El Príncipe Rana», por ejemplo, se debe a que la princesa se sobreponga a la repugnancia inicial que le producía

el pequeño bicho, aceptándolo como compañero constante, que esa criatura repulsiva se vea liberada de un encantamiento y recobre su primitiva forma de príncipe real. En otros cuentos, a través de la compasión de una mujer hacia su naturaleza bestial, un monstruo oculto se libera finalmente de su disfraz revelando ser un bello amante o un dios.

Estos cuentos nos muestran la verdad poética de que, cuando la consciencia humana reconoce y acepta su indomable naturaleza primitiva, no sólo se libra del poder autónomo del instinto sino que se libera y transforma también todo su aspecto instintivo. Esta transformación está teniendo lugar en nuestra serie del Tarot, como podemos apreciar comparando la Fuerza con la carta anterior, la Rueda de la Fortuna. En la Rueda, las fuerzas instintivas se dibujan como dos figuras patéticas o quizá cómicas irremisiblemente atrapadas y dominadas por una esfinge infrahumana coronada con una corona vulgar. Ahora, bajo la benigna influencia de esta dama mágica, el aspecto instintivo aparece como un león dorado coronado por su propia y natural dignidad de rey de su reino. En la carta precedente, el pequeño y simiesco animal imita al hombre en la expresión y el vestido y, al hacerlo, niega su propia naturaleza. En esta carta, el león está erguido, orgulloso dentro de su piel de animal, mostrando libremente su esencia real. Mientras en la Rueda de la Fortuna el factor más civilizado estaba representado por un «mono vestido», por supuesto inadecuado y absurdo, aquí el factor dominante se nos presenta como una figura humana, digna y con poderes mágicos.

Jung decía que la primera mitad de la vida se dedica a la naturaleza y la segunda mitad a la cultura. La mujer que aquí aparece es una persona refinada y culta. A pesar de que el león es el rey de la selva, ha de haber sido domado antes de llegar a la corte. Ese proceso llamado «la doma» requiere una conexión muy íntima entre la dama y el león. A diferencia de su oponente masculino, este mago no trabaja en medio de la calle para mostrar algo; sea lo que sea lo que suceda, es desde luego un drama más privado: su encuentro personal con el león. Su número once escrito con cifras árabes es un uno al lado de otro uno, y eso nos trae a la memoria el número del Mago. El uno, sugiriéndonos al mismo tiempo la dualidad, refleja el número sagrado de la Papisa: el dos. Como cabe esperar, la magia de esta figura del anima es más sutil y menos dramática que la del Mago. No manipula objetos y formas colocados sobre una mesa; su magia es la de la relación humana, se ocupa de lo concerniente a la persona, del contacto físico directo. Con sus manos desnudas explora las dimensiones de la bestia y sus necesidades, mientras que al mismo tiempo le comunica su propia fe, esperanzas y ambiente. Si el león está hambriento, quizá la dama le dé de comer, pues sabe que si no recibe el alimento apropiado se la comerá en cuerpo y alma. Psicológicamente, eso podría significar que el aspecto erótico del héroe (su capacidad de relación) se vería arrasado. El héroe se vería totalmente poseído por un deseo arque típico del poder, orgullo, coraje, o cualquier otro atributo del león. Sin duda alguna, todos hemos tenido alguna vez la experiencia de ser «devorados» por algún afecto. Sabemos ya cómo la emoción repentina puede con nosotros, cómo la parte animal de nuestra naturaleza puede saltar desde nuestra profundidad reclamando lo que le pertenece. Es en estos momentos cuando la consciencia del ego queda anulada y nuestro cuerpo cae bajo el poder de una fuerza sin control. Temblamos con miedo, temblamos con rabia, enrojecemos de vergüenza o reímos histéricamente, todo a la vez, mientras sentimos caer las lágrimas que humedecen nuestras mejillas. Cuando todas estas cosas suceden, nuestro propio ego, humillado y desesperado, trata de huir de forma simbólica si no es literal. Queremos dejar ese incidente a nuestra espalda.

Cada vez que intentamos dar la espalda a esa «bestial» parte de nosotros, ésta se vuelve más rabiosa y vengativa. Si ignoramos sus necesidades, nos podemos ver visitados por una

enfermedad psicosomática. Las energías instintivas persistentemente ignoradas pueden presentar al cobro su hipoteca de una manera violenta y destructiva: crímenes pasionales. En otros casos extremos, la disociación del aspecto animal puede producir esquizofrenia: la conexión del ego con el cuerpo es tan fragmentaria y diversa que muchas partes del cuerpo se apoderan de una personalidad y cada una de ellas parece hablar y actuar independientemente. Por breve que sea el verse atrapado por el aspecto instintivo de uno mismo, puede ser una experiencia frustrante. Todos los que se han sentido «fuera de sí» por la rabia, «consumidos» por los celos o «poseídos» por la lujuria, no pueden imaginar que ellos estén realmente por encima de la bestia. Tales confrontaciones nos recuerdan duramente que nosotros, los humanos, en el mejor de los casos, no somos más que animales evolucionados de una manera especial.

Si no queremos vernos sacudidos brutalmente por la bestia interior en contra de nuestra voluntad, no debemos dejar que se coloque a nuestra espalda. Más pronto o más tarde tendremos que prestarle atención, como lo hace la Dama de la Fuerza. Debemos, como ella, meter nuestras manos dentro de sus fauces para conocer a ese ser íntimamente, para que, al igual que el Tigre de Blake, brille en la selva de nuestra noche. Debemos atrevernos a afrontar su «temible simetría». Experimentar el poder de la fiera no significa que tengamos que actuar con nuestra fuerza bruta y capacidad de agresión en la punta de la lengua, clamando histéricamente en nombre de una terapia. Por el contrario, cada vez que lancemos nuestro afecto hacia los demás, lanzamos algo que nos pertenece, la experiencia de la bestia como nuestra bestia, perdiendo así contacto con su fuerza.

Como muestra la dama en su actitud, necesitamos contener nuestros afectos para llegar a contactar con ellos. La persona, cuanto más pueda tomar consciencia de su naturaleza animal, menos se verá empujada a rechazar esta, sus rabias personales o sus luchas múltiples. Pero, como tenemos nuestra indómita bestia, tratamos de evitar el encuentro con ese aspecto terrorífico de nosotros mismos. Jung dice: «es el miedo a la psique inconsciente lo que, no sólo impide el autoconocimiento, sino que es el mayor obstáculo para una comprensión más amplia y para el conocimiento de la psicología».¹

La Fuerza del Tarot no está asustada. Quizá observándola podamos hacernos una idea de cuánto mejor es acercarse y domar nuestro león interior. ¿Qué hace exactamente esta dama con sus manos? Esa pregunta ha inspirado a generaciones de comentaristas del Tarot. Algunos dicen que está cerrando la boca del león, otros ven que la está abriendo. Quizá intencionalmente se permitió esa ambigüedad, pues sin duda alguna la acción que está ejecutando se hace en diferentes tiempos, dependiendo de las circunstancias. Hay veces en las que el león de nuestros instintos necesita gritar y estirarse, enfurecerse y bramar o gemir celosamente; hay otras ocasiones en que los reyes (especialmente los reyes) necesitan aprender paciencia y moderación.

Algunos dicen que cuando las manos de la dama abren la boca del león es para enseñarle la magia del hablar humano. Si eso es así, la bestia comparte con ella los secretos sin palabras de la naturaleza, ya que las dos figuras aparecen en un diálogo armonioso. Están unidas en perfecta armonía, pues el dibujo y coloreado de esta antigua carta subraya un equilibrio entre las dos figuras.

¿La carta titulada la Fuerza se refiere a la dama o al león? Quizá a ambos, pues cada uno de ellos es una figura muy poderosa: su fuerza procede del compromiso mutuo. Aunque la dama aparezca dominando al león, ella comparte su esencia. Nótese cómo la energía dorada de su fiereza sube a través de los brazos de ella iluminando su pecho, se acerca hacia la cabeza, donde permanece como una corona dorada en el centro de la lemniscata de su tocado. Con mucha intención, los motivos de esta pequeña corona se parecen mucho a los dientes del animal.

La forma en que la mujer se relaciona con la bestia es muy distinta de la masculina, como podemos apreciar contrastando esta Fuerza con «Sansón y el León» (fig. 48). Sansón se opone a la bestia directamente, cara a cara, de un modo agresivo, masculino; la mujer de nuestro Tarot se acerca a él con suavidad y calma, indirectamente, desde detrás del león, desde su lado inconsciente. Nótese cómo los pies de Sansón están ligados; no puede ceder ni un paso. Tiene que luchar contra el poder y la fuerza de la bestia si no quiere ser devorado. Por el contrario, el otro león se apoya contra la dama del Tarot. Los pies de ella, así como sus vestidos, sugieren movimiento, la posibilidad de un toma y daca, de un ajuste a cualquier situación que pueda surgir. Es muy interesante contemplar que las manos de Sansón y las manos de la dama están situadas de la misma manera en las fauces del león, las manos de él forcejean con él, las de ella lo apaciguan.

«El Coraje del León es la Sabiduría de Dios», dijo Blake. El león de Sansón era también «del Señor». Debemos recordar que Sansón extrajo del corpachón de la bestia un enjambre de abejas y rica miel, símbolos del enriquecimiento instintivo y un dulce alimento espiritual. Cada vez que nosotros hacemos frente con éxito a nuestro león interior, nos sentimos nutridos por esa experiencia. Tomar contacto con nuestras emociones nos pone «fuera de nuestras casillas», tirando de nuestras entrañas más allá de los límites de nuestro ego. Eso es algo que bombea sangre nueva hacia nuestras venas. Como acabamos de ver, la dorada sustancia del león fluye hacia los brazos de la mujer, convirtiéndose en parte de ella misma. Domada por la magia de la mujer, la bestia nos ofrece libremente su miel. No necesita matarlo para lograr ese don.

Después de un encuentro como el anterior, el héroe suele lucir, como un atributo ya permanente, como un trofeo, algo perteneciente al animal: sus dientes, su piel o su pelo, simbolizando de esta manera que está ya imbuido de alguno de los atributos del adversario, sea la fuerza o la astucia. Como Hércules, que se cubrió con la piel del león de Nemea, el torero triunfante también pasea por la arena con las dos orejas y el rabo del toro. Quizá también la dama del Tarot luce un tocado producto de su poder, quizá lo que busca en la boca del león sea otro diente de sabiduría que añadir a los que ya luce su corona.

Se dice que el león del rey Salomón llevaba entre sus dientes la llave de la sabiduría, ya que los leones se asocian generalmente con la sabiduría. Leo, con su melena formada por rayos de sol, simboliza a menudo el sol celestial y la iluminación de la cabeza de dios. Los hindúes sitúan al león en la escala jerárquica de los seres más elevados que el hombre, pues el león es también símbolo de reencarnación. Existe una fábula antigua que cuenta que los cachorros de león nacen muertos y que sólo los reaviva el aliento de su padre. Visto en este contexto, ese león puede encarnar entre otras cosas el instinto religioso, esa necesidad o añoranza que despierta el anhelo de reunirse con el padre, cosa que Jung sintió como tendencia primaria en la psique humana tan básica y natural como el sexo.

Los animales salvajes son generalmente símbolo de autorrealización, puesto que son fieles a su naturaleza instintiva, la cual es pura e incorruptible ante la ambición así como ante cualquier otro aspecto negativo de los así llamados «hombres civilizados». El león, con su corona y su barba dorada, es un símbolo especialmente adecuado para el poder energizante de la psique, su sol central, el sí-mismo.

A pesar de que, como rey de los animales, nuestro león del Tarot esté colocado por encima de otros animales, no deja de ser un animal natural. A diferencia de la esfinge, él existe en la naturaleza. Eso significa simbólicamente que la Dama de la Fuerza está tratando con una fuerza natural que puede ser domesticada e integrada en cierta manera. Esta idea viene subrayada por el hecho de que el león comparte el escenario con la dama y

actúa con ella, mientras que la esfinge de la décima carta está entronizada por encima de la Rueda y no participa en la acción que se desarrolla a sus pies.

En nuestro Mapa de Viaje, el Emperador está colocado directamente encima de la Fuerza. Los dos representan influencias poderosas en el desarrollo de la conciencia humana. El Emperador representa la autoridad externa, el deber de la civilización, mientras que el león personifica la autoridad instintiva, el querer del sí-mismo. Sin la sangre dorada del león en nuestras venas, seríamos marionetas que obedecen irracionalmente los mandatos de los demás; sin la autoridad y guía de nuestro Emperador interior, estaríamos aún viviendo en las cavernas. Entre estos dos extremos, la dama maga actúa como mediadora. El reino del Emperador, la civilización, mantiene el bienestar de la comunidad. Los dominios de la Fuerza, de la cultura, nutren las necesidades del individuo. Una capa de civilización puede superponerse desde el exterior. Es un acontecimiento interno que se cultiva desde el principio en el corazón de cada ser humano. Eso sucede cuando se acepta e integra al león que aparece dentro de nosotros mismos. Como repetía Jung, un cambio en la consciencia humana no se puede producir de forma masiva; la psique humana es el único propietario de la consciencia.

Para muchos es difícil conectar con la capa amoral de la psique que simboliza el león. Algunos, prisioneros todavía del debes o no debes de los mandamientos religiosos, no se atreven siquiera a imaginar lo que serían capaces de hacer si se liberaran de estas restricciones impuestas. Otros, que no han crecido dentro de un estricto credo o dogma, se precipitan a ligarse con alguna religión o código filosófico capaz de crear una prisión para ese temible y desconocido león que llevamos dentro.

La fuerza del león es ambivalente, puede a la vez dar vida y destruirla. Su orgullo y ansia de poder son legendarios. Existe otro aspecto menos conocido, también instintivo, que simboliza también el león: el ansia de ser redimido. Eso también puede devorar nuestra humanidad, dejando de ella solamente los ojos brillantes y la voz irritada de un fanático religioso.

Hace ya mucho tiempo que Freud nos puso en contacto con nuestro lado instintivo como una fuerza sexual. El instinto por conseguir la iluminación puede ser también una fuerza poderosa e incluso peligrosa. Esto es especialmente cierto considerando que la expresión externa de esto está relacionada con la aprobación social. Como sucede con todas las fuerzas arquetípicas, el problema es cómo relacionarse con ellas y utilizar su poder creativo de forma consciente sin permitirles que devoren nuestra humanidad. Jung lo consideró como un peligro específico en la relación con las fuerzas instintivas simbolizadas por el león. Y escribió:

«Los leones, como todos los animales salvajes, indican emociones latentes. El león juega un importante papel en la alquimia con este mismo significado. Es un animal “fiero”, un emblema del diablo, y supone el peligro de ser devorado por el inconsciente.»²

Tanto en mitos como en fábulas, los dos aspectos, celestial y demoníaco, de los animales aparecen repetidamente. Zeus, disfrazado de ave o de bestia, desciende a la tierra donde tiene relaciones amorosas con seres mortales. No existe sin embargo ningún ejemplo en el que Zeus se disfrazara de león para sus correrías nocturnas, quizá porque ese papel real sería un pobre disfraz para el soberano del Olimpo. Los dioses no se someten a escenificación. Cuando Zeus, disfrazado de ave o de bestia tuvo relaciones con alguna mujer mortal, los resultados fueron siempre dinámicos, con derivaciones tanto para el bien como para el mal. Habitualmente esta unión del cielo y la tierra era, la causa de una conflagración social que daba a luz una nueva era, tanto cultural como psicológica.

Algunos de los amoríos de Zeus fueron celebrados en pinturas famosas, dos de las cuales reproducimos aquí pues ofrecen, amplían e iluminan este tema. En los dos ejemplos la

relación entre el dios-animal y la mujer-mortal produce resultados frustrantes. En la primera pintura, titulada «Leda y el cisne» (fig. 49), Zeus adopta la forma de un bello cisne y viola a la inocente Leda. Por lo que se ve, Leda parece haber disfrutado de lo inevitable, pues ella y el cisne se hallan unidos en un tierno abrazo. A los pies de Leda yacen los temibles frutos de esta unión, dos parejas de gemelos famosos: Castor y Pólux, y Helena y Clitemnestra, símbolos tanto de la grandeza de Grecia como de la caída de Troya.

Yeats lo dijo de manera más bella en su poema «Leda y el cisne»:

Un estremecimiento engendró allí
el derrumbamiento de la muralla, el incendio del techo
y de la torre y la muerte de Agamenón.

Y el poema de Yeats acaba preguntando: ;

¿Puso ella todo su conocimiento y poder
antes de que el picotazo indiferente la dejara caer?

Parece ser que Leda no lo hizo. A diferencia de la Fuerza, Leda no está coronada por los dientes de la sabiduría. Por el contrario, desnuda incluso de los adornos de la civilización, había asumido totalmente la forma sinuosa de su amante cisne. Fue violada en su humanidad y poseída por el dios.

En otra famosa ocasión Zeus, tomando la forma de un toro, raptó a la inocente Europa. La pintura en la que Di Giorgio conmemora este suceso se titula El rapto de Europa (fig. 50). Parece obvio que el pintor usa la palabra «rapto» en sentido figurado y solamente por cortesía hacia los padres de esta pobre chica, ya que Europa parece disfrutar también de esta cabalgata. No derrama ni una lágrima al mirar hacia atrás, donde una mano la despide desde su hogar. Nótese cuan bellamente el artista captó el sentimiento de identidad inconsciente entre Europa y el toro. Los dos parecen flotar juntos como un solo ser. Sin embargo, ella es «arrebataada» por la bestia divina. Esta unión dará como fruto otra vez un acontecimiento mixto: el rey Minos de Creta y el bestial y mágico Minotauro.

Como ilustran estos mitos, se requieren fuerza y experiencia para luchar contra las tendencias instintivas si uno no quiere encontrarse en una situación embarazosa o fuera de sí. La dama dibujada en la Fuerza parece poseer la visión interior y la fortaleza necesaria para conquistar al león. No va a verse arrebatada por el animal amigo, los dos se mueven de manera armónica. Ni siquiera con la ayuda de esta maga el león llegará a ser totalmente domesticado, puesto que él pertenece al reino de Artemisa (Diana), diosa de los animales, que es ella misma una criatura salvaje, indómita e impredecible.

Artemisa es por otro lado la virgen cazadora, hermana de Apolo, con quien comparte su luz. Cuando se enfada, sin embargo, puede volverse tan vengativa como la bruja Hécate, haciendo como ella magia negra. Cuando quiere, esta diosa es capaz de cambiar al mejor amigo del hombre convirtiéndolo en un perro esclavo de Hécate, de modo que el animal ataque y devore incluso a su propio dueño. Esta idea se nos muestra en el mito griego del joven Acteón, quien fue destrozado por sus propios perros de caza, a los que dio la orden Artemisa, por haberla aquél espiado en su baño. El destino de Acteón ilustra una verdad psicológica: si permitimos actuar libremente a nuestros instintos, sin restricción, éstos pueden volverse contra nosotros y destrozarnos.

Una bella fotografía de la estatua de Artemisa paseando a su perro por los jardines de la Tullerías (fig. 51) nos presenta a la diosa como casta e inocente. Solamente los ojos centelleantes de su perro nos advierten de que estamos tratando con una bruja y su «animal familiar». El fotógrafo que tomó esta instantánea lo hizo en una noche tormentosa; solamente un relámpago ilumina la escena.

Como nos indican los antiguos mitos, el hombre primitivo tenía gran dificultad para controlar sus instintos, pues los tenía muy cerca de la superficie y no podía negarse a ellos.

Ahora, por el contrario, hemos ignorado nuestro aspecto instintivo durante tanto tiempo que a veces llegamos incluso a olvidar que existe, hasta que ruge en su jaula con la furia de un león hambriento. Nos guste o no, nuestra naturaleza animal nos acompañará toda la vida. Debemos encontrar un camino, como sugiere la Fuerza del Tarot, que nos permita compartir pacíficamente su compañía. Aniela Jaffé comentó este problema explicando la relación con nuestro aspecto instintivo de la siguiente manera:

«Los peligros que atemorizan al hombre civilizado son los instintos suprimidos o lesionados; los peligros que atemorizaban al hombre primitivo eran los impulsos desenfrenados. En ambos casos el “animal” se ve alienado de su naturaleza verdadera y para ambos la aceptación de su alma animal es la condición para la plenitud y vivencia total de la vida. El hombre civilizado debe cuidar al animal que lleva dentro haciéndose su amigo.»⁴

Tenemos un camino que nos permite tomar contacto con el animal que llevamos dentro y ese camino son los sueños. Quizá nuestra alma animal herida y perdida viene a nuestro encuentro en los sueños buscando ayuda. En la pintura de Rousseau *La gitana dormida* (fig. 52), un león que pasea bajo la luna en el desierto se acerca a una gitana dormida. Bajo el resplandor de la luna, el león y la gitana se hallan embrujados por el misterio del otro. El sueño de la gitana es atacado en sueños por su alma animal perdida; la incansable bestia parece olfatear el misterio de la humanidad, temiendo de alguna manera tocarlo.

Por suerte, el héroe de nuestra historia recuerda su sueño y vigila atento al león que ruge alrededor de él durante la noche. Aparentemente, también él estableció contacto con el ánimo que pasea al lado de este animal. Con esa dama poderosa como guía, el héroe puede explorar a salvo la selva interior de su psique. Con su ayuda puede llegar a conocer al león y a todas las otras bestias primitivas que habitan en lo más recóndito de su ser.